

Prólogo*

María Luisa Cerillos

Resulta significativo que sea necesario hablar de ‘apropiación social del Patrimonio’, como si tuviera sentido el *patrimonio* al margen de la sociedad de la que ha surgido. Y sin embargo podemos decir, sin temor a equivocarnos, que, salvo excepciones esperanzadoras, como la iniciativa CAB con este concurso, lo normal es hablar del *patrimonio* bajo parámetros de exclusión y no de apropiación social.

Los expertos nos hemos convertido, en muchos casos sin darnos cuenta, en la herramienta ciega de una forma de entender el *patrimonio* (la que pide un determinado modelo de sociedad, resultado de unas determinadas políticas económicas y sociales), en la que hemos homologado, con nuestra forma de actuar, su segregación y su exclusión. Ya no es cosa de todos, ahora solo le pertenece a “los que entienden”, solo unos pocos pueden acercarse, solo unos pocos tienen sensibilidad suficiente, son solo unos pocos los que deciden sobre su presente y su futuro, sobre los usos y desusos, sobre su destrucción o conservación (casi siempre entendida desde sus aspectos físicos); unos pocos, los que lo han convertido en un símbolo de estatus, después de escamoteárselo a la comunidad de la que forma parte, perfectamente integrado en su día a día.

Primero se deja que se arruine, se pierda, se olvide o se derrumbe (es la forma *más habitual* de substraerlo de la comunidad); se le quita a *la gente*, a los usuarios naturales, a sus artífices, a sus creadores, y luego, en el mejor de los casos, algunas “piezas” se les devuelven convertidas en “cascarones” sin contaminar, tan pulidas y acicaladas, tan protegidas, tan “prohibido tocar”, que muchas veces cuesta trabajo encontrar en ellos un signo de vitalidad. Conservamos lo superficial de nuestras raíces, pero sin estar unidas a sus orígenes.

Uno de los proyectos presentados al concurso, resumía de forma magistral las razones por las que resulta vital para una comunidad recuperar su cultura. Se trataba de “saber quiénes eran”, porque sabiéndolo, “serían más fuertes” y estarían en mejores condiciones para resolver los problemas a los que debían enfrentarse. Tan sencillo como eso: saber quiénes somos para ser más fuertes.

A las puertas del próximo siglo, no hay otra salida viable para recuperar el *patrimonio* que devolvérselo a la comunidad (no hay Gobiernos ni instituciones en el mundo capaces de soportar el coste de la recuperación del *patrimonio*) y deben devolvérselo los mismos que se lo han quitado, empezando por los Gobiernos e instituciones que tienen las competencias

* Texto del jurado del I Premio Somos Patrimonio.

“legales”, que deben pasar de las “declaraciones patrióticas” (¿qué político se atrevería a negar la importancia de su *patrimonio*?) a las iniciativas efectivas y eficaces para su revitalización; los municipios, que tienen que dejar de especular con el suelo y las edificaciones de sus centros históricos; los promotores, que deben contener sus ambiciones dentro de los límites razonables; etc., etc... Y los expertos, que debemos dejar de creernos *en posesión* exclusiva de la verdad.

Devolvérselo a la comunidad para que lo use, no como queramos nosotros o quieran los políticos, si no como necesite y sienta la comunidad. El *patrimonio* es su derecho, su propiedad, su creación... no la nuestra.

Si hay algo que ha dejado claro la edición de este primer concurso convocado por el CAB, es que la vitalidad y la imaginación de la sociedad, a la hora de recuperar su *patrimonio*, es mucho mayor que la de las instituciones (92 proyectos presentados a la primera convocatoria de un concurso de estas características es un dato esperanzador) y que, a pesar de la cortedad de miras de esas instituciones, la sociedad tiene muy claro lo que es el derecho a su cultura y, más aún, la riqueza y diversidad de las cosas que forman parte de su *patrimonio cultural*.

Por eso, el CAB tiene una responsabilidad que debe trascender de la convocatoria de estos concursos. Aprovechando su situación como foro y plataforma de las políticas culturales de los Países Miembros, está en mejores condiciones que nadie para impulsar, desde las instituciones, ese cambio de mentalidad, imprescindible, que defiende y que compartimos todos los que entendemos nuestras raíces culturales como el soporte de nuestra libertad.

Sin que la sociedad use su *patrimonio*, sin que lo necesite, sin que lo recupere y lo integre a sus formas de vida, sin que vuelva a ser algo cotidiano y próximo, sin que lo reivindique como un derecho, no hay futuro para el *patrimonio*, y eso la sociedad lo sabe mejor que nadie; por eso está en una pelea que, lentamente, con la ayuda de organizaciones como el CAB, ya estamos ganando.